

Lección 3 LA HUMANIDAD DE DAVID

“Lávame y quedaré mas blanco que la nieve” (Sal 50º)

DAVID VENCE DE NUEVO A LOS AMMONITAS

En la vida de David ocurrieron dos sucesos importantes que fueron una gran prueba y que se relacionaron entre sí, primero una guerra muy difícil con los hijos de Ammón y segundo: el que conociera a una mujer, la cual no le pertenecía, era casada, su nombre Betsabee. Se inició una nueva y dramática etapa en la vida de David, personal, religiosa y socialmente.

Al morir el rey ammonita, David creyó que seguiría la misma relación: "Mostraré benevolencia a Hanún, hijo de Nahás, como su padre usó benevolencia conmigo". Por lo que envió mensajeros para consolarle, pero Hanún fue mal aconsejado por los príncipes ammonitas, porque aunque su padre fue vencido por Saúl, fue amigo de David: "Crees tú que para honrar a tu padre David te ha enviado consoladores? ¿No te habrá mandado David sus siervos para examinar y explorar la ciudad a fin de destruirla?"

Entonces tomó Nahún a los siervos de David y les rapó la mitad de la barba y les cortó también la mitad inferior de sus vestidos hasta la cintura y los despachó en un acto de completa humillación, incluso, al hacerlo con sus enviados significaba que lo hacía también con la persona de David. Además de la humillación pública, se les injurió con el cortar sus vestidos, esto para esos tiempos era motivo suficiente para declarar la guerra mutua. —aunque en los nuestros, con menos de esto han iniciado guerras, incluso mundiales—. Cuando David se enteró envió mensajeros a su encuentro, ya que los injuriados estaban sumamente avergonzados, les indicó que permanecieran en Jericó hasta que les creciera su barba.

Los ammonitas sabían perfectamente que con este acto se volvieron odiosos y que nada podía evitar la respuesta agresiva de Israel, por lo que contrataron a sueldo veinte mil soldados sirios de Bet-Rehob y de Sobá; mil del rey de Macaá y doce mil de los hombres de Job —Sobá y Bet-Rehob se hallaban unidas bajo el poder de Hadadésér; Macaá y Tob se hallaban al norte de Transjordania y eran principados arameos—. Al conocer esto, David envió a Joab con todo su ejército. En caso de guerra como éste, se hacía primero un reclutamiento en masa del pueblo constituyendo la tropa. Además de esta masa eventual, David contaba con un cuerpo firme de guerreros, cuyo núcleo fundamental lo constituían los hombres que le habían seguido desde sus primeros días como jefe de banda y que nosotros los conocemos como "los veteranos"; destacaba aquí un grupo de esforzados, "los guibborim", los "valientes".

Salieron los hijos de Ammón y se formaron en orden de batalla a la entrada de la puerta de su capital, los sirios de Sobá y de Rehob; los de Tob y de Macaá aparte en el campo. Joab vió los dos frentes de batalla enemigos, uno delante y el otro detrás de ellos, bien comprendió Joab que los enemigos querían coger en medio a los israelitas como estrategia, por lo que escogió a los mejores hombres y los puso en orden de batalla contra los sirios; el resto de la tropa la puso en disposición de su hermano Abisai, el cual los formó para batallar contra los ammonitas.

Joab indicó a su hermano que si los sirios prevalecían sobre Joab y su tropa, entonces Abisai iría a auxiliarlos, pero si los hijos de Ammón prevalecían sobre Abisai, entonces Joab iría a ayudarlos.

"Ten fortaleza, esforcémonos por nuestro pueblo y por las ciudades de nuestro Dios y que Yahvé haga lo que bien le parezca". Joab habló a su hermano y por tanto, con tanto fervor religioso y patriótico entusiasmo —fórmula ejemplar para un soldado cristiano— unido con un resignado abandono en la voluntad de Dios.

Avanzó Joab con su ejército para luchar contra los arameos, los cuáles huyeron ante él. Viendo esto los ammonitas que los arameos emprendían la fuga huyeron también ellos delante de Abisai y entraron en la ciudad, mientras que Joab se alejó de los ammonitas y entró en Jerusalén para esperar la primavera para prepararse a la guerra del año siguiente.

VICTORIA SOBRE LOS ARAMEOS:

Este relato pareciera proceder de una fuente distinta. Habiendo sido vencidos los arameos por Israel, se concentraron todos en un último esfuerzo común para derrotar a los hijos de Israel. Hadadésér, general de la tropa mandó por más arameos del otro lado del Río Éufrates —los arameos vivían a las dos orillas del gran río, en este caso, llamó a los que vivían en Mesopotamia en la zona comprendida entre los ríos Tigris y Éufrates— y llegaron comandados por Sobac, jefe del ejército de Hadadésér. David se enteró de esto y se trasladó con su ejército a Helam; los arameos se ordenaron en batalla frente a David y combatieron contra él, pero Yahvé hizo prevalecer a David y a sus hombres provocando que los arameos huyeran. David les mató los caballos de setecientos carros de guerra y cuarenta mil hombres; hirió también a Sobac, cuando Hadadésér y los sirios vieron que habían sido derrotados por Israel, hicieron paz con David y le sirvieron, y los sirios no quisieron ayudar más a los hijos de Ammón.

Mientras Israel sometía a los hijos de Ammón, David permaneció en Jerusalén, para planificar no sólo como defender o anexar territorios, sino también cómo consolidar su reino ocupándose no sólo en combatir, sino también emplearse en su función de impartir las leyes. Aquí sucedió el segundo acontecimiento que propició un cambio en la vida interna y externa de David y fue el que conoció a Betsabee.

Una tarde, cuando David se levantó de su cama —presumiblemente después del descanso del mediodía de lo que nosotros conocemos como "la siesta"— y paseaba sobre el terrado del palacio real, vio a una mujer muy hermosa que se bañaba. Quiso conocer el nombre de la mujer, ordenando a unos mensajeros que se la llevaran; tuvo relaciones con ella y la despachó a su casa.

David vio a Betsabee, el sentido es que con David ocurrió lo mismo que a muchos a través de los siglos que permiten que prevalezcan los sentidos y la fantasía sobre su inteligencia y voluntad, olvidando lo importante que es refrenarlos o más bien, mortificarlos. Así el alma de David no resistió el embate de la pasión.

Uriás esposo de Bertabee era heteo, específicamente, hitita, aunque su nombre es hebreo y significa "Yahvé es mi luz"—"Yah", es la abreviatura de Yahvé, por lo que cabe la probabilidad de que en realidad si era un hebreo; aunque también podría haber pertenecido a una familia hitita que radicaba en Israel. En cuanto a Betsabee, no conocemos cuán culpable es de este pecado de adulterio, las Sagradas Escrituras no mencionan si ella fue una víctima como tantas ha habido, o fue cómplice de David. Incluso si fueron las dos circunstancias a la vez; por mientras, parecería que

actuó con pasividad; pero es muy aventurado afirmar que por miedo al poder del rey, o deslumbrada por su riqueza, por instintos sensuales, por aventura, por lo que sea, la Escritura no la condena ni la disculpa, todo se centra en David.

Betsabee resultó embarazada y así se lo hizo saber a David, el cuál se preocupó bastante. Mandó entonces a Joab, el general de su ejército le enviara a Urías. Llegado el hitita con David, después de un breve saludo e interrogatorio sobre la guerra contra los ammonitas, directamente le pidió:

"Baja a tu casa y lava tus pies" –modismo que significa que tuviera una relación íntima con su esposa, después de efectivamente lavarse los pies, como primer acto que realizaba el que llegaba a casa después de un viaje– y es que el apasionado rey tenía la intención que Urías fuera a su casa para que estuviera con su esposa y así evitar que se descubriese el adulterio, creyendo Urías y todos que el hijo por nacer era suyo. Salíó Urías de la casa del rey, en cuánto salió, David le envió comida especial como regalo; pero inesperadamente, en lugar de ir a su casa Urías pasó la noche a la puertas del palacio con los soldados de la guardia real. Urías con una admirable abnegación trastornó los planes de David, seguramente lo hizo así para no tener relaciones con su mujer y mantener la pureza ritual durante la guerra. ¡Admirable reacción de un no judío, ni israelita, actuando integralmente como soldado y como respetuoso de la ley, porque la pureza ritual era un requisito para combatir las guerras!

Le contaron a David que Urías no había ido a su casa por lo que le preguntó porque no había hecho lo que le pidió, Urías le respondió:

"El Arca e Israel y Judá viven en tiendas, y mi señor Joab, con los servidores de mi señor, están acampados al raso; ¿e iría yo a mi casa, para comer y beber y acostarme con mi mujer? ¡Por tu vida, y por la vida de tu alma, qué no haré tal cosa!"

Nuevamente se nos presenta la figura de este soldado que se agiganta y al contrario, la imagen de el gran rey, el elegido de Dios, actuando así se va empequeñeciendo; esto nos previene que no podemos actuar de las dos maneras, como hombre fiel y valiente, o traidor a las leyes de Dios –y eso aun de nuestra cercanía con Él- es por eso que no podemos ni debemos separarnos de Él, porque sólo unidos a Dios tendremos la suficiente fortaleza, no sólo para no pensar, hacer o decir lo que es malo a sus ojos, sino también para pensar, decir y hacer lo que es santo ante su vista.

David ante el temor del descubrimiento de su pecado, cambió la estrategia, ya no le pidió sino que le ordenó que se quedase ese día con él, y al siguiente día lo dejaría partir. Así, Urías permaneció en Jerusalén un día más. David aprovechó para invitarlo a comer y beber con él para emborracharlo. Por la noche Urías salió pero no fue a su casa sino que se durmió con los soldados de la guardia real. Nuevamente David falló en su estrategia de que Urías fuera con su mujer. ¿Qué tanto de esto Dios lo permitió? Sólo Dios mismo lo sabe, pero algo es seguro, esto se debió también por la fidelidad a la pureza legal de este no judío, es decir, por una virtud ejercida.

Finalmente David llegó a la decisión inesperada tomando en cuenta su estrecha relación con Dios: a la mañana siguiente, David escribió una carta a Joab –irónicamente se la envió con el mismo Urías–, la carta decía:

“Poned a Urías en aquel punto del frente donde más recio sea el combate, y retiraos de él para que sea herido y muera”.

Qué mejor que leamos a continuación lo que escribió Mons. Straubinger:

“Como un inmenso claroscuro en la vida de este amigo de Dios, el pecado de David es un verdadero abismo de iniquidad. Empieza la pasión como el incendio, por una chispa, una sola mirada, y va agravándose a cada instante, hasta terminar en la vileza del adulterio usando como parapeto el homicidio”.

Leamos a continuación lo que San Jerónimo escribió en la “Carta a Eustaquia”: “Lo que más sorprende es que David olvidase de pedir el auxilio del Señor en la tentación, siendo que toda su vida era un tejido de las maravillas obradas en él por la divina Gracia. Como Sansón, más fuerte que un león se domesticó en los brazos de Dálila. Así, David, varón escogido según el corazón del Señor, que con boca santa tantas veces había cantado a Cristo venidero, cayó cautivo de la belleza desnuda de Betsabee, mientras se paseaba por el terrado de su palacio. Y añadió al crimen del adulterio el otro del homicidio. Notad aquí brevemente que no hay lugar seguro ni siquiera en la propia casa, y que una sola mirada basta para arruinarnos”.

La conducta fidelísima de Urías, nos sirva para animarnos, y de contraste, nos sea también de utilidad la insondable caída de David. Mas, no nos desanimemos, esperemos el siguiente episodio de este drama, y veremos las alturas a donde Dios elevó nuevamente por medio de la contricción de corazón, a este, su amigo, que no supo mantenerse por la inocencia. Lección infinitamente consoladora, que nos muestra cómo nuestro Padre posee el secreto de convertir el mal en bien para los que aceptan ser sus hijos: “Todas las cosas cooperan en bien de los que aman a Dios”, dice San Pablo (Rm 8²⁸) San Agustín dice: “Hasta los pecados”.

Así, pues, cuando Joab rodeó la capital ammonita para atacarla, puso entonces a Urías en el lugar donde sabía estaban los guerreros ammonitas más valientes y hábiles que seguramente no errarían su ataque sobre Urías. En un momento en que los que defendían su ciudad salieron para luchar contra Joab, cayeron algunos de los oficiales de David, uno de los cuales era Urías, el heteo.

Joab fracasó en su intento de conquistar la ciudad, pero envió a David un mensajero para que le contara el resultado del enfrentamiento, así dijo el mensajero:

“Esas gentes han tenido una ventaja sobre nosotros. Hicieron una salida contra nosotros al campo y las rechazamos hasta la entrada de la puerta. Pero los flecheros tiraron desde la muralla sobre tus siervos y murieron algunos de los siervos del rey; y también tu siervo Urías, el heteo, quedó muerto”.

¡Vaya ironía, Joab disfraza su fracaso militar con la noticia sobre la muerte de Urías! Lógico, David restó importancia a la derrota y dijo entonces al mensajero:

“Así dirás a Joab: No te aflijas por este asunto, porque la espada devora una vez a

éste, y otra vez a otro. Intensifica tu combate contra la ciudad y destrúyela. Y tú mismo, aliéntalo”.

¡Modo astuto y descarado de cubrir lo que hicieron David y Joab en complicidad! “aliéntalo”, como si Joab lo necesitara. Mentiras y ficción para que este hombre y los demás no sospecharan el vil asesinato, y eso que Joab desconocía el adulterio.

DAVID SE CASA CON BETSABEE

Ante la noticia de la muerte de Urías, David y Betsabee respiraron con alivio, el honor de los dos quedaron intactos. Betsabee hizo duelo por su esposo con la costumbre de hacerlo por siete días. Pasado el duelo, envió David por ella y la recogió en su casa como esposa, todo esto fue malo a los ojos de Yahvé. El pecado de David le costó a Urías la vida y el de Betsabee le cuesta a ella un marido; y a los dos la gracia y la amistad de Dios. Esta situación perduró durante todo un año.

EL PROFETA NATÁN ANUNCIA A DAVID SU CASTIGO

Yahvé envió a Natán con David y ante su presencia le contó la siguiente parábola:

“Había en una ciudad dos hombres, el uno era rico y el otro pobre. El rico tenía ovejas y ganado mayor en grandísimo número, el pobre, en cambio, no tenía más que una ovejita, que había comprado y criado, y la cual había crecido juntamente con él y con sus hijos, comiendo de su bocado y bebiendo de su copa y durmiendo en su seno; y era para él como una hija. Más llegó un viajero al hombre rico, y éste, no queriendo tocar a sus ovejas ni a sus bueyes para aderezarlos al viajero que le había llegado, tomó la ovejita del hombre pobre y aderezola, para el hombre que había venido a su casa”.

David reaccionó con fuerte cólera contra aquel hombre y dijo a Natán:

“¡Vive Yahvé que el hombre que ha hecho esto es digno de muerte!”

Dijo entonces Natán a David: “Ese hombre eres tú. Así dice Yahvé, el Dios de Israel:

“Yo te ungué rey sobre Israel, te libré de la mano de Saúl; te di la casa de tu señor y te he puesto en tu seno las mujeres de tu señor; te he dado también la casa de Israel y de Judá; y si esto te parece poco, te daré por añadidura, aún cosas mayores. ¿Por qué, pues, has vilipendiado el mandamiento de Yahvé, haciendo lo que es malo a sus ojos? Has tomado (de Urías) su mujer por mujer tuya, hiriéndole a él con la espada de los hijos de Ammón. Por eso nunca se apartará la espada de tu casa; pues me has despreciado, tomando la mujer de Urías, el heteo, para que sea mujer tuya. He aquí que Yo suscitaré desgracias contra ti de entre tu misma familia. Quitaré tus mujeres ante tus mismos ojos y se las daré a tu prójimo, el cual se acostará con ella a la luz de este sol. Tú lo has hecho en secreto, pero Yo haré esto a vista de todo Israel y a la luz del sol”.

DAVID SE CONFIESA CULPABLE

David reconociendo su pecado dijo a Natán: “He pecado contra Yahvé”.

San Ambrosio en su “Apología a David” escribió: “Todos nosotros, a cada momento estamos cayendo en pecado; y con todo, ninguno, aunque plebeyo, se resigna

a confesarlo. Por el contrario, aquel rey, poderoso y glorioso con inmensa amargura de su alma, confesó su pecado al Señor, ¿Qué hombre por poco rico y noble que sea, se hallará hoy día que lleve en paciencia el menor reproche por un crimen cometido? Pues aquel rey, señor de un gran imperio, al ser reprendido por su delito, no se indignó, no montó en ira, sino que hizo una humilde y dolorosa confesión... y su confesión se perpetuará a través de los siglos”.

Tras esta demostración espontánea de sincero arrepentimiento, viene por parte de Dios el perdón divino. Natán le respondió: “Yahvé por su parte, ha perdonado tu pecado; no morirás”. Apenas David reconoce sinceramente su culpa, Dios le perdona de inmediato. A partir de ese momento, en la vida de David, existirán permanentemente dos sentimientos, primero, el agradecimiento a la misericordia de Dios, porque nunca olvidará el perdón obtenido, y segundo, el dolor de haberlo ofendido, de ahí su profundo arrepentimiento.

La pena de muerte que él mismo David pronunció, Dios lo trasfiere al hijo: “Pero como has ofendido gravemente al Señor porque has propiciado que los enemigos de Yahvé tengan ocasión de blasfemar, por eso el niño que te ha nacido morirá irremisiblemente”:

Efectivamente, y es que aun perdonada la culpa, debemos pagar alguna pena temporal, tanto para satisfacer a la ira de la divina justicia y para que sirva de saludable lección que refrene a los demás para que no pequen.

Natán se retiró a su casa y el Señor hizo que el hijo de David enfermara gravemente, entonces David rogó a Dios por el niño y pasó las noches acostado en el suelo. Los ancianos que vivían en el palacio le rogaban que se levantara del suelo, pero se negaba, tampoco tomaba alimento con la esperanza de que no obstante la predicción de Natán, podría aplacar la ira divina con oración y penitencia obteniendo de Él la gracia de que el niño no muriese.

¡Qué tragedia para el alma de David! El David que conocemos ha regresado. El David religioso y sensible y que tal sensibilidad lo hace sufrir al máximo. Sufre por sus pecados, cada uno grave en sí mismo; sufre por su hijo con dolor de padre, pero sobre todo sufre por la ofensa hecha a Dios, entonces actuó como él sabe hacerlo, el David sensible, no el David sensual y fue el rezar con toda su alma a su Dios que no sólo lo perdona mediante su misericordia, sino que la tenga también con su hijo condenado, así con esta doble sensación de sincero arrepentimiento y dolor de padre aunado a su verdadera personalidad, esos días debieron ser extremadamente difíciles para él. Mas, al séptimo día el niño murió, pero no se atrevían a darle la noticia porque se decían:

“Si cuando aún vivía el niño le hablábamos y él no quería escuchar nuestra voz, ¿cómo podemos decirle que el niño ha muerto?”

Pero David al notar que cuchicheaban conoció que el niño había muerto, por lo que se los preguntó, a lo que respondieron con la verdad. Entonces reaccionó de una manera al parecer sorprendente: se levantó del suelo, se lavó, se ungió y después de mudar de ropa fue a la Casa de Yahvé y se prosternó, luego regresó a su casa y pidió que le dieran de comer y comió. Sus siervos extrañados le preguntaron porque

si el niño cuando aún vivía ayunaba y lloraba, y ahora que murió se levanta y come pan, a lo que David respondió con una fe y una esperanza firme en Dios.

“Yo ayunaba y lloraba por el niño cuando aún vivía, pues decía. ‘Quién sabe si Yahvé no tendrá piedad de mí, y el niño quedará con vida? Mas ahora que ha muerto, ¿Para qué he de ayunar? ¿Podré acaso restituirle la vida? Yo iré a él, pero él no vendrá más a mí”.

Y es que muerto el niño, David decidió cambiar su actitud de dolor por una serena y fastuosa, David ya era el mismo, el David de un profundo sentimiento religioso que se sustentaba en la voluntad y designios de Dios.

Decir que este Salmo es el tan conocido “Miserere”, el que se toma como bandera de todo aquel que quiere expresar su dolor y arrepentimiento a Dios por los pecados cometidos ya sean personales o comunitarios. Y es que este Salmo sólo puede ser recitado por alguien que se reconoce pecador pero que se acerca a Dios con gratitud por todos los beneficios recibidos y con la confianza en su eterna Misericordia. David, inspirado por el Espíritu Santo, lo escribió después de que fue recriminado por Yahvé a través de Natán. Incluso este Salmo es recitado en el Oficio de Laudes.

Por su profundidad espiritual lo presentamos a continuación, con pequeños comentarios

“Ten compasión de mí, oh Dios; en la medida de tu misericordia;
Según la grandeza de tus bondades, borra mi iniquidad”.

Es la expresión de un alma que no está para buscar sus propios gustos, sino que busca la Justicia divina, sobre todo después de haberlo ofendido, y le pide misericordia, pero no como la damos los hombres sino que sea la de Dios, es decir, inmensa, eterna, profunda, pura, inmutable, y como lo anota Mons. Straubinger: “La fuerza de esta confesión y su valor ante Dios esta en la fe en su misericordia que perdona por pura bondad al arrepentido, sin derecho alguno por parte de éste. Es exactamente lo que hizo el padre del hijo pródigo. David no intenta justificación ni explicación alguna, sino al contrario; su propia miseria y el reconocimiento de su absoluta impotencia son el argumento que conmueve el corazón del Padre”.

“Lávame más y más de mi maldad y límpiame de mi pecado
Porque yo reconozco mi maldad, y mi pecado esta siempre delante de mí.

David reconoce que es culpable y que no tiene justificación por sus pecados, y así se presenta ante Dios ¡Cuán diferente con los jueces de la tierra que ante la confesión de culpabilidad condenan al enjuiciado! Aquí en cambio, por la confesión sincera por el arrepentimiento de haber ofendido al Juez buscamos y esperamos su perdón.

“He pecado contra Ti, contra Ti solo, he obrado lo que es desagradable
Ante tus ojos. de modo que se manifieste la justicia

De tu juicio y tengas razón en condenarme”.

Dios es el ofendido, es una falta inmensa, que sólo otro como Él puede borrar. A pesar de lo grave de esto Dios espera que nos acerquemos a Él, que no nos alejemos, que nos sintamos con el dolor de haber ofendido a nuestro Padre, que es todo Amor para todos y cada uno de nosotros, sólo nos pide que nos arrepintamos de corazón. Nuevamente nos acercamos a Mons. Straubinger.” He aquí la piedra de toque de la verdadera constricción: un deseo de que sea Dios quien tenga razón. Los hombres se excusan ante otro hombre diciéndole: ‘Discúlpeme usted, no lo hice por maldad, fue sin querer’. David le dice a Dios todo lo contrario: perdóname porque soy culpable y malo, porque lo hice a propósito. No me excuso, ni te pido que me disculpes. Al contrario, me acuso y solo espero que, después de establecida bien claramente mi responsabilidad, y aún más, que soy deudor insolvente, entonces Tú me perdones la deuda, pura y simplemente, por la sola virtud de tu asombrosa Misericordia.

“He aquí, que en maldad he sido formado, en pecado me concibió mi madre.

Los Santos Padre ven en este pasaje una prueba del pecado original.

“Más he aquí que Tú te complaces en la sinceridad del corazón,
Y en lo íntimo del mío me haces conocer la sabiduría.

Rociame, pues, con hisopo, y seré limpio; lávame Tú, y quedará más blanco que la nieve.

A pesar de que presenta su confesión de culpabilidad, eso representa irónicamente su perdón, porque presentarnos ante Dios profundamente arrepentidos le es para Él sumamente grato que basta para mover sus entrañas al gratuito perdón y olvido de nuestros pecados. De este conocimiento del corazón de Dios, le viene a David, la sorprendente audacia con que le pedirá el perdón completo de todos sus pecados y que lo eleve a la santidad. Notemos que pide que sea Dios quién lo lave y no él. Al expresar “Quedará más blanco que la nieve” es porque reconoce un poder superior a sus pecados y es la misericordia infinita y Omnipotente. Esto es lo que ha logrado que de grandes pecadores hoy reconozcamos a muchos santos.

“Hazme oír tu palabra de gozo y alegría,

Y saltarán de felicidad estos huesos que has quebrantado.

Aparta tu rostro de mis pecados, y borra todas mis culpas

No existe gozo mayor que el saber que Dios nos perdona. San Ambrosio alude a la petición “borra”: Dios mira el arrepentimiento como un acto meritorio, no obstante ser lo menos a que estamos obligados. Además el perdón hace renacer los méritos perdidos por el pecado, en tanto que éste se borró para siempre con la Sangre de Cristo. Así se borró el de David.